

*Commemorar la muerte,  
recordar la historia.  
La Fiesta de los Mártires  
de la Tradición*

*Pedro Rújula*  
Universidad de Zaragoza

*«... una gota de sangre convence más que toda la elocuencia  
de los grandes tribunos y todos los escritos de los grandes  
pensadores...».*

M. Roger de Lluria, 1897

Finalizaba el siglo XIX y el carlismo había recorrido, sin lugar a dudas, un largo trecho a través de la centuria. Muy lejos quedaban las primeras luchas por llevar a don Carlos hasta el trono y, sin embargo, había sido la guerra de los Siete Años la que había dado su carta de naturaleza al carlismo. Le situó políticamente frente al liberalismo en condición de antagonista excluyente, definió militarmente la relación entre dirigentes y sociedad, permitió esbozar las bases de un proyecto ideológico coyuntural que iba surgiendo día a día y que sería retomado eficazmente en el futuro, y proporcionó una épica de referencia que fue recreada mediante todas las fórmulas posibles en la época. Después vendrían otros episodios militares que fueron engrosando el repertorio de la impotencia para quebrar el ascenso liberal. Y, finalmente, la última de las guerras carlistas que cerró el círculo de un pasado beligerante al tiempo que construía, en Carlos VII, la nueva imagen de un pretendiente carlista que tanto valía para seguir sus banderas en la guerra como para batirse por él en la arena política.

Incluso de esta última guerra habían pasado más de dos décadas cuando el siglo estaba concluyendo, y en ellas la vida interna del

partido carlista había sido muy agitada. Primero tuvieron que acometerse las labores de desescombro y reconstrucción de sus muros sobre las ruinas de la derrota militar. Más tarde, con la dirección de Cándido Nocedal, emergieron las tensiones entre los sectores integristas y los propiamente carlistas. La dificultad de hallar una solución aceptable por ambas partes derivó en la escisión de 1888, en la que los componentes del sector integrista —y, tan importante como ello, la prensa partidaria de sus ideas— abandonaron el carlismo. La nueva etapa, caracterizada por el liderazgo del marqués de Cerralbo, supuso un giro muy notable en la orientación del partido, tanto que muy pronto comenzaría a hablarse de un *carlismo nuevo*<sup>1</sup>.

Las coordenadas políticas del carlismo en la década de los noventa pasaban por jugar en el campo político de la Restauración, desembarazado ya de las rigideces impuestas por los sectores integristas. En este sentido, la escisión estimuló la actividad del partido obligándole a replantear la situación y a adoptar nuevas fórmulas que minimizaran el efecto de la fractura. La alternativa insurreccional pasó a un segundo plano y durante unos años quedó alojada casi exclusivamente en el nivel de la retórica, del que nunca desapareció por completo. No obstante, la apuesta por la participación política era clara y para ello hizo cuanto estuvo en su mano por adecuarse a las nuevas formas de partidos y de propaganda que exigía la política en los tiempos del sufragio universal. Los recursos puestos al servicio de este objetivo fueron de muy diversa índole. La estructura de la prensa carlista debió recomponerse de nuevo, ya que las más importantes cabeceras —excepción hecha de *El Correo Catalán*— habían quedado en manos del sector integrista. El partido se articuló con un organigrama piramidal en cuya cabeza figuraba el rey, y que tenía la base compuesta por un número cada vez mayor de Círculos Tradicionalistas que se extendían por todo el país y, junto a ellos, las organizaciones juveniles del carlismo. Los viajes de propaganda del marqués de Cerralbo por Cataluña, Valencia, Navarra y el País Vasco constituyeron otra fórmula de presencia en la vida pública que denota

---

<sup>1</sup> Entre los estudios sobre el período cabe destacar, para Cataluña, los de CANAL, J.: *El carlisme català dins l'Espanya de la Restauració. Un assaig de modernització política (1888-1900)*, Vic, Eumo, 2000, y PRATS I SALAS, J.: *El carlisme sota la Restauració. El partit carlí a la província de Tarragona (1885-1907)*, Tarragona, Institut d'Estudis Tarraconenses Ramón Berenguer IV, 1990, y para el País Vasco, el de REAL CUESTA, J.: *El carlismo vasco, 1876-1900*, Madrid, Siglo XXI, 1985.

el proceso de modernización que había asumido el partido. Todo ello constituía el telón de fondo de la participación electoral inaugurada como partido en 1890, y que alcanzaría su máxima representación en 1896 con 10 carlistas presentes en el Congreso de los Diputados.

## Una nueva fiesta en el calendario carlista

Coincidiendo con el momento de mayor presencia de los diputados carlistas en Madrid tuvo lugar el establecimiento de una nueva festividad política propuesta desde el partido: la Fiesta de los Mártires de la Tradición. No era la única, pues para el carlismo las celebraciones de carácter conmemorativo, desde bastante tiempo atrás, habían adquirido un valor muy destacado, ya que hacían posible expresar la identificación con un ideario y tender lazos con los correligionarios. Se sumaba, pues, a un calendario muy heterogéneo de festividades en el que, junto a fiestas locales y religiosas, se hallaban los aniversarios de la familia real o el recuerdo de algunos hechos vinculados a las guerras civiles<sup>2</sup>. La idea rondaba ya la cabeza de Francisco Martín Melgar, secretario de don Carlos en Venecia, desde algunos años atrás. En una carta al marqués de Cerralbo, fechada en 1890, hacía referencia a que todo el ideario carlista se habría ido disolviendo si no fuera por el cimiento de sangre sobre el que se hallaba asentado. «Lo que le ha dado hervor y actividad —afirmaba— es la muerte en el campo de batalla del padre de éste, el fusilamiento de la madre del otro, los balazos que enseña con orgullo el abuelo del de más allá, los relatos marciales escuchados en las noches de invierno por niños que se comían al narrador con los ojos y cuyos corazoncitos rompían el pecho con la esperanza de que algún día serían grandes y harían hazañas como aquéllas»<sup>3</sup>. El paso desde esta reflexión a instituir una conmemoración especialmente pensada para recordar y reforzar el efecto de cohesión de la sangre derramada sobre el partido se daría pocos años después.

El proyecto apareció formulado en una carta al marqués de Cerralbo remitida desde el palacio de Loredán, en Venecia, donde residía

<sup>2</sup> CANAL, J.: *El carlisme català...*, op. cit., p. 209.

<sup>3</sup> Museo Cerralbo, VI, 5. Francisco Martín Melgar al marqués de Cerralbo, Venecia, 25 de abril de 1890 (*ibidem*, p. 229).

el pretendiente<sup>4</sup>. Con fecha del 5 de noviembre de 1895 don Carlos, después de felicitar al jefe del partido por la situación actual, le invitaba a «no olvidar lo mucho que debemos al pasado». Unas líneas más abajo le manifestaba su intención en estos términos: «propóngome que se instituya una fiesta nacional en honor de los mártires que desde principio del siglo XIX han perecido a la sombra de la bandera de Dios, Patria y Rey, en los campos de batalla y en el destierro, en los calabozos y en los hospitales, y designo para celebrarla el día 10 de marzo de cada año, día en que se conmemora el aniversario de la muerte de mi abuelo Carlos V». Consideraba representados en el fundador de la dinastía la lucha «contra la revolución por la verdadera España durante nuestro siglo», aunque no especificaba las razones por las que su figura adquiriría un valor de sacrificio ejemplar, ya que había muerto, en Trieste, en un exilio que nada tenía de voluntario, pacíficamente en el lecho, a causa de «una parálisis lenta y progresiva de los órganos de la digestión»<sup>5</sup>, y habiendo aceptado su condición de príncipe derrotado. Además, encomendaba a Cerralbo que se cuidara de movilizar a todas las instancias del partido en su celebración dándola a conocer «a nuestras Juntas, a nuestros Círculos y a nuestra Prensa, para que se preparen a celebrar, desde el año próximo, con la solemnidad debida esta fiesta nacional».

La fiesta no sólo debía servir para recordar a los muertos, sino aprovecharse también como la oportunidad de proyectar una mirada crítica sobre la política del presente. «Que la conmemoración de nuestros mártires —afirmaba don Carlos— no se limite a satisfacer una necesidad del corazón y una deuda de gratitud»<sup>6</sup>. En su intención estaba también la idea de que los actos de homenaje debían servir

---

<sup>4</sup> El texto íntegro ha sido reproducido por FERRER, M.: *Escritos políticos de Carlos VII*, Madrid, Editora Nacional, 1957, pp. 199-202, e *Historia del tradicionalismo español*, t. XXVIII, vol. II, Sevilla, Editorial Católica Española, 1959, pp. 124-126, y, extractado, en algunas recopilaciones de textos como *Antología de los documentos reales de la dinastía carlista*, Madrid, Editorial Tradicionalista, 1951, pp. 43-44. La institución de la fiesta figura como uno de los hitos destacados en la biografía de don Carlos por POLO Y PEYROLÓN, M.: *Don Carlos, su pasado, su presente y su porvenir. Bosquejo crítico-biográfico*, Valencia, Imprenta de Manuel Alufre, 1898, p. 17, aunque por error la sitúa un año antes.

<sup>5</sup> MORAL RONCAL, A. M.: *Carlos V de Borbón (1788-1855)*, Madrid, Actas Editorial, 1999, p. 406.

<sup>6</sup> Autógrafo para la revista *Biblioteca Popular Carlista*, Venecia, 8 de febrero de 1896, reproducido en FERRER, M.: *Escritos políticos de Carlos VII...*, op. cit., p. 204.

para fortalecer los vínculos de las jóvenes generaciones con las anteriores compartiendo un referente común en el pasado<sup>7</sup>. El resultado debió ser del agrado del pretendiente, ya que en su testamento político no olvidó hacer una referencia a la festividad, indicando su voluntad de que no se interrumpiese la celebración tras su muerte<sup>8</sup>.

## Sociabilidad carlista

En la intención de sus promotores ya se encontraba, desde el primer momento, la voluntad de movilizar todos los instrumentos al alcance del partido para que la celebración obtuviera el mayor de los ecos posibles. «En ella debemos procurar sufragios a las almas de los que nos han precedido en esta lucha secular, y honrar su memoria de todas las maneras imaginables, para que sirvan de estímulo y ejemplo de los jóvenes y mantengan vivo en ellos el fuego sagrado del amor a Dios, a la Patria y al Rey». Resulta de interés la propuesta de ámbitos y actividades en los que podía llevarse a cabo el homenaje que recogía la propia carta de don Carlos: «Los Círculos podrían, por ejemplo, premiar aquel día estudios históricos sobre los héroes de las respectivas localidades; la Prensa, ensalzar y divulgar sus hechos más gloriosos y propagar sus retratos; las Juntas, organizar funerales por los muertos en cada provincia, y si se conservan sus restos, restaurar en lo posible sus sepulcros y convocar a nuestros amigos para que recen sobre sus tumbas»<sup>9</sup>. Todo ello será desarrollado con meticulosidad en los años siguientes.

Los Círculos Tradicionalistas asumieron la responsabilidad de organizar los actos en honor a los Mártires de la Tradición, por ser la pieza central de la sociabilidad carlista<sup>10</sup>. En 1896 los Círculos estaban en condiciones óptimas de cumplir este objetivo, ya que habían completado el proceso de reconstrucción de la red, habían

---

<sup>7</sup> «Sed siempre y en todo dignos de nuestros antepasados, y mantened la fe y los principios que ellos defendieron», afirmaba don Carlos en un autógrafo dirigido a la juventud carlista de Barcelona. FERRER, M.: *Historia del tradicionalismo español*, op. cit., p. 166.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 126.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 177.

<sup>10</sup> Sobre los Círculos, véanse REAL CUESTA, J.: *El carlismo vasco...*, op. cit., pp. 147-149; PRATS I SALAS, J.: *El carlisme sota la Restauració...*, op. cit., pp. 164-172, y, sobre todo, CANAL, J.: *El carlisme catalá...*, op. cit., pp. 98-118.

consolidado su presencia en el ámbito local tras la escisión integrista y se hallaban con plena capacidad para movilizar a las bases carlistas. Sobre sus juntas directivas recayó el peso de organizar una celebración que, aglutinando elementos muy dispares, debería concitar el interés de un público afín al carlismo e integrar, de manera prioritaria, la participación de las juventudes del partido.

El programa de actos daba comienzo con una misa o un funeral solemne celebrado en sufragio de los Mártires por algún eclesiástico vinculado a las organizaciones carlistas. El oficio, que solía contar con una gran participación, entre la que se dejaba notar la presencia de los cargos del partido, de la prensa afín y de las asociaciones<sup>11</sup>, era una ocasión propicia para vincular práctica religiosa y contenido político. Los actos religiosos ofrecían la oportunidad de transmitir, como decía Manuel Polo y Peyrolón, que «las almas de los vivos quedan misteriosamente unidas a las de los muertos por el lazo de la piedad». Este publicista refería a continuación la multitud de actos que podían hacer de las prácticas católicas unas vías privilegiadas para la difusión del mensaje carlista: «Que el próximo 10 de marzo hagamos violencia al cielo con nuestras oraciones, misas, funerales, ayunos, limosnas, veladas apologéticas y plegarias por nuestros correccionarios los carlistas difuntos»<sup>12</sup>.

La tarde era el momento propicio para las veladas conmemorativas que tenían como escenario los Círculos Tradicionalistas. Estos espa-

---

<sup>11</sup> La crónica del funeral en Zaragoza, el 11 de marzo de 1920, dejaba constancia de esta presencia: «Presidió el duelo el señor Legaz, vicepresidente de la Junta Regional, acompañado del Sr. Hernando, presidente del Círculo, y del Sr. Lamana, presidente de Requeté. Asistieron los demás miembros de las Juntas del Círculo y Requeté, la Redacción de *El Correo Español* en Zaragoza, redacción de *La Perseverancia*, multitud de señoras, sacerdotes y comisiones de Órdenes Religiosas», *El Correo Español, órgano oficial de la Comunión Tradicionalista*, 10 de marzo de 1920, p. 3.

<sup>12</sup> POLO Y PEYROLÓN, M.: «Las virtudes teologales y nuestros mártires», *La Biblioteca Popular Carlista*, 10 de marzo de 1897, pp. 16-18. El mismo autor afirmaba en 1898: «Tres años nada más hace que Don Carlos instituyó la fiesta de los mártires de la Patria, y la España católica entera, y hasta nuestros hermanos de las repúblicas sudamericanas la celebran esplendorosamente cada año con mayor pompa, dedicando misas, aniversarios y sufragios incontables a nuestros difuntos», *Don Carlos...*, *op. cit.*, pp. 81-82. Puede seguirse con detalle la celebración del primer 10 de marzo en CANAL, J.: «Fiestas, calendarios e identidad carlista: la festividad de los Mártires de la Tradición», monográfico *Fêtes, sociabilités, politique dans l'Espagne contemporaine*, en *Bulletin d'Histoire contemporaine de l'Espagne*, núm. 30-31 (diciembre de 1999-junio de 2000), pp. 91-96.

cios, que de ordinario servían para el encuentro de los partidarios, se preparaban especialmente para la ocasión. Nos puede servir de ejemplo la Academia Tradicionalista de Santander, que «ofrecía un precioso aspecto. En sus paredes, rodeados de escudos de laureles y rematados con crespones negros, se veían legendarios nombres, artísticamente compuestos, de figuras gloriosas del Tradicionalismo: Zumalacárregui, Oño, Tristany, Radica, Carasa, Barrio y Mier, Bolaños, etc. Su escenario destacaba en primer término los retratos de doña Margarita, don Carlos y don Jaime, también artísticamente adornados. Todo ello, unido a la esplendorosa luz que iluminaba el salón a raudales en potentes focos y lámparas, hacía que el golpe de vista que ofrecía el salón fuese artístico y deslumbrador»<sup>13</sup>. Todo estaba listo para acoger un espectáculo de contenido muy variado en el que serían pronunciados discursos, entonadas canciones diversas y habría ocasión para la lectura de poemas y de otras composiciones literarias, así como para la interpretación de piezas musicales.

Con motivo de la fiesta fueron convocados concursos literarios alusivos al tema de la celebración, que permitieron lecturas públicas de las composiciones premiadas y la edición de algunas de las de mayor valor entre las presentadas a los certámenes<sup>14</sup>. Tanto la prensa local como la nacional del partido realizaban cada 10 de marzo un ejercicio de evocación del pasado y de proyección de las virtudes históricas sobre el presente. También vieron la luz números especiales de publicaciones como *La Biblioteca Popular Carlista*, que dedicaron muchas de sus páginas a recoger testimonios, artículos, biografías o poemas, además de recrear una iconografía de la historia bélica del carlismo. Asimismo, constituía la ocasión propicia para realizar volúmenes colectivos de conmemoración, como el muy notable *Homenaje de la Comunión Carlista á los Mártires de la tradición y del derecho* llevado a cabo por el periódico *El Tradicionalista* de Gerona en 1908<sup>15</sup>.

La justificación ideológica de todo este despliegue de energías llevado a cabo por el carlismo en el cambio de siglo nunca apareció

---

<sup>13</sup> *Homenaje a los Mártires de la Tradición y del Derecho: velada necrológica celebrada en el día 12 de Marzo de 1916, en el local de la Academia Tradicionalista de Santander...*, Santander, Juventud Jaimista de Santander, 1916, p. 5.

<sup>14</sup> Véase, a título de ejemplo, el *Concurso literario en honor de los Mártires de la tradición española. Año primero*, Gerona, J. Franquet, 1906.

<sup>15</sup> *Homenaje de la Comunión Carlista á los Mártires de la tradición y del derecho organizado por El Tradicionalista de Gerona*, Gerona, J. Franquet, 1908.

expuesta con demasiada nitidez. El marqués de Cerralbo, principal responsable de la puesta en marcha de la fiesta, la consideraba un homenaje a los «hijos de la fe y soldados de España y apóstoles de la tradición nacional»<sup>16</sup>. Poco difería de esta visión, que potenciaba los aspectos católicos sobre los componentes nacionales, la del director de *El Correo Catalán*. Luis María Llauder subrayaba el componente religioso, la sangre como expiación del pecado revolucionario, y vinculaba a éste los aspectos patrióticos y contrarrevolucionarios. «Al saludar —decía— en este día a los héroes manifiestos y a los humildes que han derramado voluntariamente su sangre por defender una causa que tiene por primer lema Dios, saludamos con veneración a los bienhechores de la patria, los cuales con el sacrificio de su vida han contribuido a la expiación que España debe a Dios por los crímenes que contra Él ha cometido la Revolución»<sup>17</sup>. Por su parte, Roger de Lluria se mostraba partidario de incidir en el valor de la sangre derramada como fuente de la verdad tradicionalista: «La sangre del mártir nutre el árbol de la Tradición; sin ella la palabra del propagandista se perdería en el espacio; el esfuerzo individual sería estéril, y la colectividad se difuminaría en las fragosidades de la superstición, o se despeñaría en el abismo del sofisma»<sup>18</sup>.

## El pasado como elemento de cohesión

Sin embargo, dejando a un lado la retórica de los grandes argumentos, para lo que realmente había sido creada la Fiesta de los Mártires de la Tradición era para atender a las necesidades del momento. Y cumplió esta función con gran eficacia, de ahí su rápida consolidación como un elemento de referencia del carlismo, que se sostuvo en el tiempo por encima de las vicisitudes que afectaron al movimiento. Los perfiles de esta oportunidad son muy diversos. Trataremos de abordar algunos de ellos.

La primera de las ventajas de la fiesta fue que permitió ofrecer una imagen histórica del carlismo en una etapa en la que las críticas sobre su modernización y alejamiento de los orígenes eran cada vez

<sup>16</sup> DE CERRALBO, M.: «A los Mártires», *La Biblioteca Popular Carlista*, 10 de marzo de 1897, p. 6.

<sup>17</sup> DE LLAUDER, L. M.<sup>a</sup>: «Tributo de Justicia», *op. cit.*, p. 8.

<sup>18</sup> ROGER DE LLURIA, M.: *La Biblioteca Popular Carlista*, *op. cit.*, p. 116.

mayores. La idea ya aparecía en la carta de don Carlos a Cerralbo, cuando afirmaba que honrar la memoria de los mártires era una forma de mostrarse «continuadores de su obra y herederos de las aspiraciones de todos ellos»<sup>19</sup>. La preocupación ante este tipo de críticas era grande, pues podía llegar a segar una de las fuentes más sólidas de legitimación política del partido, su tradicionalismo. Además, para superar la escisión integrista se había emprendido un notable proceso de modernización y la aceptación, aunque fuera por motivos pragmáticos, de las reglas del juego de la monarquía restauracionista estaba proyectando una imagen de opción moldeable e incluso oportunista. La celebración de los mártires iba a operar como contrapunto tradicional al proceso de renovación y actualización que, a todas luces, había experimentado el partido. «Y no digan los espíritus sensibles de la época —defendía Llauder subrayando de intransigencia su posición— que es inconveniente el recuerdo de divisiones pasadas y de hechos que han dividido y dividen a los españoles entre sí»<sup>20</sup>. No de otra forma se manifestaba Benedicto Mollá, que, recogiendo las críticas a la Comunión Tradicionalista de haberse alejado de las aspiraciones de sus mayores, contraargumentaba en estos términos: «¿Es posible aceptar como verídica semejante proposición, cuando el augusto Duque de Madrid presenta a sus fieles voluntarios, como dignos de ser imitados, los esclarecidos hechos que a su lado llevaron a cabo los héroes de Montejurra, Lacar y Somorrostro, los cuales sellaron con su sangre su fe y su adhesión a la causa genuinamente española, la causa carlista?»<sup>21</sup>.

Lo cierto es que el homenaje a los mártires proporcionaba un plus de ambigüedad al mensaje político del carlismo que hizo posible coquetear, sin necesidad de definir los términos, con la amenaza insurreccional. El componente militar del carlismo nunca había llegado a desaparecer, aunque la participación electoral y los resultados obtenidos le situaron en segundo plano. Es importante considerar que la festividad de los mártires se establece en los momentos inmediatos a una escalada militar que desembocará en el levantamiento

---

<sup>19</sup> FERRER, M.: *Historia del tradicionalismo español*, op. cit., p. 125.

<sup>20</sup> DE LLAUDER, L. M.<sup>a</sup>: «Tributo de Justicia», *La Biblioteca Popular Carlista*, 10 de marzo de 1897, pp. 8 y 9.

<sup>21</sup> MOLLÁ, B.: «Pensamiento», op. cit., pp. 60-61.

fallido de 1900<sup>22</sup>. Los actos conmemorativos iban a constituir cada año una ocasión propicia para deslizar en público referencias a un futuro horizonte insurreccional. Así, el padre Corbató jugaba con esta posibilidad sin nombrar directamente las armas. «Príncipe augusto —afirmaba refiriéndose a don Carlos—, Dios ha dicho que te prepares a recibir el premio de tu piedad sublime. Unos meses más, y Dios te habrá colocado en el Trono que tus mártires defendieron. Y la fiesta de los Mártires, hoy fiesta de familia que no trasciende más allá de los tuyos, traspasará las fronteras de España y de Europa, será la piedrecita que David vio crecer, crecer, hasta llenar la tierra»<sup>23</sup>. Mientras, otros autores dejaban a un lado los formalismos y exhortaban a los mártires, que se hallaban en un cielo sin liberales, para que llegara el momento de tomar las armas: «pedid, rogad, interceded cerca del Todopoderoso, que nos llame la corneta desde el Pirineo hasta Cádiz, y del Finisterre a Alicante: basta de prudencias que duran 20 años: vencer o morir nos es indiferente: lo que aborrecemos es vivir la vida del liberalismo»<sup>24</sup>. No deja de ser sintomático que de la imprenta de *El Correo Español*, con fecha de 1896, saliera una *Cartilla militar para uso de cabos, sargentos y oficiales en campaña*, cuyo autor, Leoncio G. de Granda, se presentaba desde la portada como coronel carlista<sup>25</sup>.

Otro de los aspectos ya señalados más arriba, y en el que conviene incidir, es el hecho de que la fiesta permitía combinar, sin necesidad de delimitar los territorios, la política y la religión, haciendo servir a esta última como plataforma de enganche de la sociedad con el carlismo. Los mártires se convertirán en una vía privilegiada de unión entre el cielo y la tierra, y las ceremonias religiosas dispuestas en su homenaje eran una forma de estrechar los lazos en una comunión

<sup>22</sup> Refiriéndose a las fechas inmediatamente anteriores al levantamiento, J. Prats i Salas afirma que «aquells anys hom pensava molt més en les armes que no pas en els vots». PRATS I SALAS, J.: *El carlisme sota la Restauració...*, op. cit., p. 73. Según este autor (p. 169), la Fiesta de los Mártires contaba entre sus objetivos con excitar el deseo de venganza y la reedición de las gestas bélicas.

<sup>23</sup> CORBATÓ, J. D.: «Junto al sepulcro de un mártir de la tradición», *La Biblioteca Popular Carlista*, 10 de marzo de 1897, p. 23.

<sup>24</sup> RODRÍGUEZ, C. C.: «A los Héroes que fueron, en su fiesta del 10 de marzo», op. cit., p. 69.

<sup>25</sup> DE GRANDA, L. G.: *Cartilla militar para uso de cabos, sargentos y oficiales en campaña por el ex oficial del ejército y coronel carlista*, Madrid, Imprenta de El Correo Español, 1896.

carlista por encima del tiempo y con la intervención necesaria de la religión: «y unidos allí vivos y muertos por la fuerte lazada de nuestra solidaridad de afectos y entusiasmos, de fe y heroísmo, y aleccionándonos ellos y por ellos orando nosotros, somos la realidad de aquella alegórica cadena de oro que Homero vio unir al cielo con la tierra»<sup>26</sup>.

Planteadas así las cosas, como «solidaridad de afectos y entusiasmos», surge otro elemento que adquiere relevancia en este tipo de festejos: la representación de la «familia» carlista. Una década antes de que la fiesta fuera instituida, Manuel Polo y Peyrolón ya había llamado la atención sobre el valor de la sangre de los mártires como elemento aglutinante de la gran familia carlista, cuyos lazos se extendían por encima de las fronteras temporales hasta constituir un todo indistinguible. Era entonces cuando afirmaba que «estamos íntimamente unidos por los vínculos indisolubles de la abundante sangre derramada en tres guerras civiles y varias conspiraciones (sangre de mártires, semilla de carlistas), por el cariño más acendrado, por los derechos y deberes recíprocos, por las mismas creencias, las mismas esperanzas y el mismo amor»<sup>27</sup>. Una familia que se propone como modelo social de comportamiento, la prueba auténtica de que existía una alternativa posible que oponer al liberalismo. «A la razón se opone la razón; a la fuerza la fuerza; pero el ejemplo de una sociedad abyecta, sólo por el ejemplo de una sociedad dignificada por el ideal puede oponerse»<sup>28</sup>. Los carlistas vieron en la celebración anual de los mártires una ocasión en la que se daban cita todos los correligionarios para restaurar «las fuerzas del espíritu quebrantadas en la cotidiana lucha». Y como afirmaba el catedrático de la Universidad Central y diputado por Tafalla Bartolomé Feliu, esto se realizaba mediante una gran demostración colectiva: «damos además en esa fiesta un ejemplo vigoroso de fe pidiendo por los muertos; de caridad, haciendo extensivas nuestras preces a las almas de nuestros adversarios; de perseverancia, haciendo ostentación pública, año tras año,

---

<sup>26</sup> CORBATÓ, J. D.: «Junto al sepulcro de un mártir de la tradición», *La Biblioteca Popular Carlista*, 10 de marzo de 1897, pp. 20-21.

<sup>27</sup> POLO Y PEYROLÓN, M.: «La gran familia», *El Correo Español*, 25 de enero de 1987, p. 1, citado por CANAL, J.: *El Carlisme...*, op. cit., p. 229. Sobre la familia carlista véanse también las pp. 240-242 de este último autor.

<sup>28</sup> DÍAZ AGUADO Y SALABERRY, R.: «El 10 de Marzo y las Juventudes Carlistas», *Homenaje de la Comunion Carlista...*, op. cit., s. p.

de nuestras convicciones político-religiosas; de fidelidad a nuestro Caudillo, cumpliendo su mandato, y renovando en tal día nuestro propósito de seguir las huellas de aquellos atletas incomparables». Y concluía atribuyendo al conjunto de actos conmemorativos un potencial renovador, pues, «al congregarnos en la Iglesia y en los círculos, para derramar una lágrima por ellos, y enaltecer sus proezas y cantar sus sacrificios, parece que se refresca el alma de los ardores de tantos contratiempos, de tantos combates contra el liberalismo manso y fiero, de tantas espinas como se nos clavan en el corazón, a vista de las apostasias e ingratitudes humanas»<sup>29</sup>.

Uno de los sectores del partido sobre los que más trató de incidir la fiesta fue el de las nuevas generaciones. La orientación de los actos hacia el público joven llegó a adquirir tintes obsesivos y es que la cuestión revestía gran importancia. Desde la llegada de Cerralbo a la dirección, el partido se había renovado bastante en la forma, en las actitudes e, incluso, en algunos aspectos de fondo. Se había esforzado por conectar con las bases populares, dinamizarlas mediante los Círculos, transmitirles la ideología a través de la prensa y los viajes de propaganda, y llevarlas hasta las urnas en las elecciones que tuvieron lugar en la década de los noventa. Muchos de los que llegaron hasta el partido eran jóvenes que ya no habían participado en la guerra desarrollada veinte años atrás<sup>30</sup>. La situación era tal que pudiera pensarse en una progresiva ausencia de la identificación, en otro tiempo ineludible, entre carlismo y guerras civiles, y esto constituía una severa pérdida de posición política, pues nadie ignoraba, y mucho menos los propios interesados, que la amenaza insurreccional era un factor clave. Era necesario vincular el presente con el pasado a través de las juventudes tradicionalistas, que el sacrificio de las generaciones anteriores viviera en las nuevas generaciones, o, como se afirmaba en un soneto dedicado «A los Mártires carlistas en su fiesta», que «cantar de otro tiempo la grandeza, / [fuera] lazo de unión de sus generaciones»<sup>31</sup>.

De este modo debían alcanzarse dos objetivos. El primero de ellos era reforzar el componente tradicionalista en su punto más

---

<sup>29</sup> FELIÚ, B.: «Mártires muertos y mártires vivos», *Homenaje de la Comunión Carlista...*, *op. cit.*, s. p.

<sup>30</sup> CANAL, J.: *El carlisme català...*, *op. cit.*, p. 221.

<sup>31</sup> A. M.: «A los mártires carlistas en su fiesta», *La Biblioteca Popular Carlista*, 10 de marzo de 1897, p. 128.

frágil, la juventud, mediante el homenaje institucionalizado a los valores defendidos por las generaciones precedentes, que potenciara la unidad de un proyecto sostenido en el tiempo generación tras generación. «Si providencial fue el nacimiento de las Juventudes carlistas —afirmaba uno de estos jóvenes—, providencial fue también la elevada inspiración que hizo a Carlos VII crear la Fiesta de nuestros Mártires que viene a constituir un estudio que defiende y asegura su vida contra los enemigos de nuestro salvador programa»<sup>32</sup>. El segundo objetivo consistía en instruir a las nuevas generaciones en el conocimiento del papel fundamental que la guerra había cumplido en la configuración del movimiento en el pasado, y cultivar así expectativas sobre las posibilidades de la vía insurreccional en el futuro. Llauder vinculaba guerra y nuevas generaciones afirmando que era precisa «la lucha constante por Dios y por el bien; es preciso el sacrificio; es preciso conservar la virilidad del alma, que sólo en la pelea se conserva. Por esto perpetuamos la memoria de estos bienhechores de la patria que nos han dado tan altos ejemplos que imitar, si el caso viene, ofreciendo a Dios el sacrificio de su sangre, a la Patria el recuerdo de sus virtudes, y a las generaciones venideras la conservación de generaciones viriles que sepan corresponder a los fines providenciales que Dios tiene sobre el mundo»<sup>33</sup>. Por su parte, el diputado y periodista Miguel Junyent, en un artículo titulado «¡Honor a los mártires! ¡Gloria a los héroes!», expresaba sus anhelos de entrar en la lucha siguiendo el ejemplo de aquellos a quienes homenajeaban: «A la sombra de nuestros héroes y mártires se conservan valientes e indomables sus compañeros de lucha, y con los ejemplos de aquellos soldados de la Tradición, crecemos los jóvenes con el corazón enardecido y con el alma llena de valor aguardando impacientes la hora suprema de los grandes combates, para sellar con nuestra sangre la bandera sacrosanta como testimonio de amor a Dios, fidelidad a la Patria y obediencia al Rey»<sup>34</sup>.

<sup>32</sup> DÍAZ AGUADO Y SALABERRY, R.: «El 10 de Marzo y las Juventudes Carlistas», *Homenaje de la Comunión Carlista...*, op. cit., s. p.

<sup>33</sup> DE LLAUDER, L. M.<sup>a</sup>: «Tributo de Justicia», *La Biblioteca Popular Carlista*, 10 de marzo de 1897, p. 9. Véase también POLO Y PEYROLÓN, M.: «Las virtudes teologales y nuestros mártires», op. cit., pp. 16-18.

<sup>34</sup> JUNYENT, M.: «¡Honor a los mártires! ¡Gloria a los héroes!», *Homenaje de la Comunión Carlista...*, op. cit., s. p.

## Releer la historia

Pero si la festividad de los Mártires de la Tradición se caracterizó por algo fue por constituir un auténtico homenaje a la historia. La referencia a la historia, además de ser un elemento indispensable de todo partido tradicionalista, permitía trazar el recorrido de la ortodoxia y proyectar sobre el presente una herencia dispuesta a ser defendida por los carlistas. La conmemoración de los mártires era una ocasión propicia para definir esta visión de la historia y para difundir entre los partidarios la galería de héroes del panteón propio que hacían creíble la propuesta. En definitiva, todo un ejercicio de apropiaciones, discriminaciones y silencios que permitían explicar que el partido era en el momento presente el principal garante de una tradición hispana comprendida de la única de las maneras posibles<sup>35</sup>. Existían precedentes que habían dado muy buenos resultados políticos. En 1889 se había celebrado el XIII centenario de la conversión de Recaredo como el gran momento fundacional de la unidad católica de España. La oportunidad de la fecha —coincidía con el centenario de la Revolución Francesa— multiplicó la carga política de la conmemoración y dio oportunidad de realizar en torno a ella una labor más que eficaz de reorganización del partido en torno a las comisiones organizadoras locales, que se transformaron en juntas tradicionalistas<sup>36</sup>.

El marco propuesto para la lectura del pasado intentó no ser el de una historia del tradicionalismo, sino el de una historia de España. Para ello era necesario elevar los jalones históricos del tradicionalismo a la categoría de momentos centrales de la historia nacional, un ejercicio de pura coherencia en la defensa de la idea de que el tradicionalismo constituía el ser de España. En la búsqueda de estos elementos centrales, para su posterior divulgación en la Fiesta de los Mártires, alcanzó particular importancia la asimilación de la historia española con la historia del catolicismo en España. La idea se presenta con toda nitidez en un texto del conde de Rodezno redactado en los siguientes términos:

<sup>35</sup> Sobre el concepto «Tradición» véase el artículo correspondiente de OLABARRÍA, J., en FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J., y FRANCISCO FUENTES, J. (dirs.): *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza Editorial, 2002, pp. 674-679.

<sup>36</sup> Véase ÁLVAREZ JUNCO, J.: *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 451-453.

«Porque nuestra historia no representa otra cosa, que una continua y gigantesca epopeya de lucha religiosa: cuando el catolicismo triunfa, España triunfa, cuando el catolicismo sufre, España sufre. Religiosas son durante ocho siglos las empresas reconquistadoras en que nuestros antiguos reinos se vieron empeñados. Cayendo un día y levantándose otro caminan los cruzados desde las montañas del Norte hasta la Vega de Granada. Religioso el espíritu de nuestra unidad nacional y de nuestra inmediata unidad política; religiosas las guerras que con el protestantismo naciente sostuvo Felipe II; y religiosas han sido en la época contemporánea las luchas que han librado las generaciones presentes.

Es, pues, toda la historia gloriosa de una raza rememorada por las hazañas de nuestros mártires, la que evocamos en esta fiesta, que tiene para nosotros tristeza de funeral y destellos de esperanza.

Homenaje vano quizás, como todo lo humano, pero mediante el cual, ellos y nosotros, los que ofrecieron sus vidas por Dios, por la Patria y por el Rey y los que nos preciamos de continuadores de su obra, venimos hoy a enlazarnos fuertemente en larga cadena de esperanzas y de nostalgias»<sup>37</sup>.

Según este planteamiento, las guerras civiles del XIX se encontraban al final de una larga cadena de luchas religiosas que habían estrechado la identidad entre catolicismo y España, lo que convertía a los carlistas en los herederos últimos de tal tradición nacional. La transmisión de esta herencia se habría producido por una doble vía. Por un lado, en una nítida concepción etnicista, a través de la raza. Por otro, mediante la defensa en el tiempo de unos mismos ideales —Dios, Patria y Rey— que habrían sido el objeto de la lucha desde los primeros momentos. Consciente de la importancia que tenía destacar esta conexión del carlismo con el pasado nacional a través de la misión histórica, don Carlos la incluyó dentro de su testamento político. «Vosotros —decía— podéis salvar a la Patria, como la salvasteis, con el Rey a la cabeza de las hordas mahometanas y, huérfanos de Monarca, de las legiones napoleónicas. Antepasados de los voluntarios de Alpens y de Lácar eran los que vencieron en las Navas y en Bailén. Unos y otros llevaban la misma fe en el alma y el mismo grito de guerra en los labios»<sup>38</sup>.

No debe extrañar la mención a la guerra de la Independencia, pues, a lo largo del ochocientos, ésta se fue convirtiendo en icono

---

<sup>37</sup> Artículo del conde de Rodezno (sin título) en *Homenaje de la Comunión Carlista...*, *op. cit.*, s. p.

<sup>38</sup> FERRER, M.: *Historia del tradicionalismo español*, *op. cit.*, pp. 174-175.

privilegiado del patriotismo, sin necesidad de desprenderse de su componente contrarrevolucionario. De ahí que la referencia desde sectores tradicionalistas fuera habitual y que en 1908 la conmemoración del centenario fuera la ocasión propicia para incluir a los héroes de la Independencia en la secuencia de mártires de la tradición<sup>39</sup>. Especial interés reviste esta referencia cuando surge de la pluma del académico de la historia marqués de Cerralbo, quien, en 1908, afirmaba que «si todos los diez de Marzo nos proponemos honrar a los héroes brillantes y a los héroes anónimos de la Tradición española, en el presente año más exaltaremos nuestros entusiasmos al celebrar el gloriosísimo aniversario del año 8 y sea la fiesta de este 10 de marzo la noble vanguardia de la de nuestra tradicional y sublime Independencia». Cerralbo conocía mejor que nadie el valor político de la historia y poseía una idea muy clara de lo que se sustanciaba en este tipo de homenajes: «concedemos culto ardentísimo en nuestros corazones a aquellos héroes en todo linaje de empresas, y repetimos sus gloriosos nombres con esa asiduidad que graban en la memoria las admiraciones: si éste es digno proceder del patriotismo, nosotros le exaltamos a más, porque no le limitamos al caluroso homenaje que consiguen las portentosas y salientes figuras de la Historia...»<sup>40</sup>.

Y en esta línea de establecer vínculos políticos mediante la selección de los homenajes históricos, la Fiesta de los Mártires también sirvió para proyectar una imagen de España compuesta de regiones que, según se afirmaba en las Conferencias de Loredán, eran «entidades superiores confirmadas por la tradición y las leyes, [que] vienen a fundirse al calor de una misma fe, de una misma monarquía,

<sup>39</sup> La referencia a los homenajes a los héroes de 1808 está presente en ELIO Y MAGALLÓN, E.: «Nuestra fiesta», *Homenaje de la Comunión Carlista...*, op. cit., s. p. «Por Dios, la Patria y el Rey peleaban nuestros padres en 1808», había escrito J. Vázquez de Mella. Y exigía que le fuera reconocido «ese abolengo nuestro, y no traten de usurparnos la herencia de gloria que nos legaron los tradicionalistas de 1808, y que sólo los carlistas pueden reclamar como cosa propia». «El 2 de mayo», *El Correo Español*, 2 de mayo de 1892, reproducido en VÁZQUEZ DE MELLA, J.: *Política tradicionalista*, II, en *Obras Completas*, XVI, Madrid, Junta de Homenaje a Mella, 1932, pp. 63-65.

<sup>40</sup> Las citas de CERRALBO proceden de «La Fiesta de los Mártires de la Tradición», *Homenaje de la Comunión Carlista...*, op. cit., s. p. Sobre su trayectoria como historiador véanse PEIRÓ, I., y PASAMAR, G.: «Aguilera y Gamboa, Enrique (marqués de Cerralbo)», *Diccionario Akal de Historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*, Madrid, Akal, 2002, pp. 59-61.

de un común interés y de fraternales amores en la sublimidad de la Patria española». Los ejemplos son muy numerosos y se repiten como un referente tópico en distintas combinaciones. En 1897 el poema «¡Héroes y mártires!» proponía contemplar reunidas en la historia de España las acciones del carlismo llevadas a cabo en distintos lugares: «Si vuelvo de España las historias, / sólo encuentro grandezas sin segundo, / y de Ormaiztegui y Lácar las victorias / hacen reverdecer laurel fecundo. / Si miro a Cataluña, nuevas glorias; si a Valencia, ejemplo el más profundo, / y de Castilla veo a las legiones, / repletas de lealtad sus corazones»<sup>41</sup>. No era muy distinto el planteamiento de uno de los poemas que resultó premiado en el «Concurso en honor de los Mártires de la tradición española», fallado en Gerona en 1906. Decía así: «Y vosotros altivos castellanos, / navarros invencibles, / ardientes y sufridos valencianos, / montañeses vascos, y terribles / soldados de Aragón, / con ellos escalad la inmensa esfera / del Sol y sus divinas / mil galas peregrinas / robadle, aventajando su carrera, / volad luego a las playas venecianas / y al Mártir generoso que allí espera / diademas no mundanas, / quitadle de la frente las espinas / y ceñidle su espléndida lumbrera»<sup>42</sup>. Para concluir merece la pena una referencia del director de *El Correo Español*, Benigno Bolaños, quien dos años más tarde identificaba sacrificio religioso —«amor a la Cruz»— y sacrificio político —«amor al martirio, amor a sus hazañas, amor a sus luchas por Dios, la Patria y el Rey»— reunidos en la Fiesta de los Mártires en una síntesis histórica y geográfica, pues «en ese amor se unifican todos los españoles católicos de todos los tiempos: y él es quien movió lo mismo a los vencedores catalanes del Bruch que a los insignes y hazañosos gallegos que lucharon el Puente Lampayo, a los aragoneses de los inmemorables Sitios de Zaragoza, a los andaluces de Bailén y a los gloriosos defensores de la inmortal Gerona, y el mismo amor resplandecía en Alpens y Montejurra...»<sup>43</sup>.

---

<sup>41</sup> LIBERTAS: «¡Héroes y mártires!», *La Biblioteca Popular Carlista*, 10 de marzo de 1897, p. 70.

<sup>42</sup> DE ROJAS, F.: «En la Fiesta de los Mártires», *Concurso Literario en Honor de los Mártires de la tradición española...*, op. cit., Vizcaya, p. 11.

<sup>43</sup> BOLAÑOS, B.: «El Amor a los Mártires», *Homenaje de la Comunión Carlista...*, op. cit., s. p.

## Epílogo

Fechaado en Salamanca a 19 de abril de 1937, el decreto que lleva el número 255 ponía fin a la existencia independiente de la Comunión Tradicionalista, pasando a integrar una nueva formación, de la que no sería su componente más poderoso, que llevaría el nombre de Falange Española Tradicionalista y de las JONS<sup>44</sup>. Toda unificación política conlleva una unificación de símbolos y la Fiesta de los Mártires de la Tradición era, sin lugar a dudas, una celebración cargada de simbología carlista. Parecía llegado el momento de una desaparición discreta después de cuarenta años exactos de celebraciones, aprovechando la confusión reinante a causa de la guerra. Sin embargo, lejos de ser desautorizada, fue incorporada al repertorio de fiestas nacionales del naciente Estado franquista. Hasta ese momento había sido un festejo que se sostenía sobre tres pilares: los valores del catolicismo, la reivindicación del tradicionalismo hispano y el homenaje a quienes habían dado su vida por la causa carlista. La nueva coyuntura hizo lo posible por sacar partido de esta conmemoración perfectamente asentada<sup>45</sup>, propiciando nuevas lecturas de las referencias anteriores. La guerra actual, leída como Cruzada, justificó el componente católico. La recuperación de la España eterna por las tropas franquistas era trasunto del tradicionalismo. Y, finalmente, los mártires del carlismo se diluyeron en una secuencia mucho mayor de muertos por salvar a la religión y a la patria que tenía su principal referente en la sangre vertida en la inmediata guerra civil.

Todo esto lo expresó mejor que nadie aquel que más posibilidades tenía de comprender lo que se estaba intentando: Tomás Domínguez

---

<sup>44</sup> Véase GARCÍA VENERO, M.: *Historia de la unificación (Falange y Requeté en 1937)*, e. a., Madrid, 1970; BLINKHORN, M.: *Carlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939*, Barcelona, Crítica, 1979, pp. 398-401, y THOMÁS, J. M.: *Lo que fue la Falange. La Falange y los falangista de José Antonio, Hedilla y la Unificación. Franco y el fin de la Falange Española de las JONS*, Barcelona, Plaza y Janés, 1999, pp. 199-201 y 337-339.

<sup>45</sup> En todo repertorio del carlismo era referencia necesaria, fuera un catecismo político o un romancero. Véanse, a título de ejemplo, ROMA, J. M.: *Catecismo tradicionalista. Manual de las Juventudes Carlistas*, Barcelona, Gráficas Gost, 1935, pp. 72-74, o ROMERO RAIZABAL, I.: *Cancionero carlista*, San Sebastián, Editorial Española, 1938, pp. 159-165.

de Arévalo, el conde de Rodezno. Las palabras fueron pronunciadas el 10 de marzo de 1938, en Álava, durante la fiesta organizada por Falange Española Tradicionalista y de las JONS, que él mismo presidía como ministro de Justicia. En su alocución leyó el decreto que llevaba fecha del día anterior, en el que se reconocía el grado de tenientes honorarios a los combatientes carlistas de las guerras civiles. El preámbulo expresaba la identidad que existía entre las luchas del pasado y la del presente, que iba a quedar representada mediante la Fiesta de los Mártires de la Causa: «Todo el valor emocional y espiritual de esta fiesta, evocación de los que ofrecieron sus vidas en aquellas cruzadas del siglo XIX, que bien pueden considerarse precursoras del actual movimiento nacional, ya que fueron intentos y esfuerzos realizados por la auténtica España para reintegrarse al cauce de sus destinos históricos, debe ser recogido por el nuevo Estado que aspira a enlazar el espíritu que animó a los defensores históricos de las más puras tradiciones con el esfuerzo actual por el resurgimiento patrio»<sup>46</sup>. Domínguez de Arévalo, que procedía de las filas carlistas y había tomado partido decidido por el nuevo orden, elogió seguidamente el decreto de unificación y desarrolló el argumento histórico de que el franquismo constituía el final de la lucha carlista. Sancionaba así la absorción por el nuevo orden franquista de la festividad; sólo quedaba proclamar la verdad compartida: «cuando ha llegado la hora de la verdad, cuando ha llegado la hora cierta, se ha visto que la verdad política no es más que una, y cuando se trata de construir una era nueva, de construir un Estado nuevo, nos encontramos con que ese Estado, que ahora es moda llamarle nuevo, autoritario, totalitario, fuerte, integrador de clases y de actividades sociales, al cual se le podrá vestir con el ropaje que se quiera, denominar con los nombres que queráis, pero, en definitiva, nos encontraremos con que, más que un Estado nuevo, será un Estado nuevo en fuerza de ser viejo, porque no podrá ser, en último resultado, más que el Estado católico y tradicional de España»<sup>47</sup>.

---

<sup>46</sup> DOMÍNGUEZ ARÉVALO, T., y ESPARZA, E., *Los Mártires de la Tradición*, Vitoria, Editorial Social Católica, 1938, pp. 21-22.

<sup>47</sup> *Ibidem*, pp. 23-24. La evolución de la fiesta hasta fechas recientes puede seguirse en CANAL, J.: «Fiestas, calendarios e identidad carlista», *op. cit.*, pp. 99-101.

